

te, aunque con frecuencia lo reconocen en la práctica, el papel positivo, en términos de las comunidades de indígenas, de una ciencia social rigurosa, con independencia de las intenciones políticas del autor. Las posiciones éticas conscientes son importantes, y en ciertas situaciones deben colocarse en primer plano. Pero esto no conduce rigurosamente a la condena reiterada, que se hace en el texto, de la investigación regida y motivada ante todo por parámetros científicos. La negativa de muchos autores a "comprometerse", en el sentido un poco limitado y discutible usado en este trabajo, puede conducir a trabajos que a la larga sirvan más para la defensa de comunidades y culturas amenazadas, que estudios y acciones impulsadas simplemente por buenas intenciones. La formulación explícita de los contenidos del compromiso tiende, es cierto, a reducirse en ocasiones a la obligación del antropólogo de colaborar con las comunidades "en el reencuentro de la conciencia histórica y cultural". ¿Por qué no admitir, entonces, que el estudio serio y metodológicamente riguroso contribuye a ello? A veces, por lo demás, los juicios del libro admiten esto a antropólogos que luego resultan elogiados por sus estudios y al mismo tiempo censurados por haber dejado que su *status* de extranjero prevaleciera "en las respuestas a cualquier exigencia de compromiso en relación con problemas de los indios" (pág. 407). En síntesis, los paradigmas éticos utilizados, aunque apuntan a un problema real, que merece un pensamiento serio, son todavía bastante confusos, y esta confusión refuerza los aspectos discutibles del modelo político empleado. Cierta paranoia, cierto maniqueísmo resultan entonces inevitables, aunque no lo suficiente para afectar seriamente el valor y el interés de este trabajo pionero.

JORGE ORLANDO MELO

Dos historias paralelas

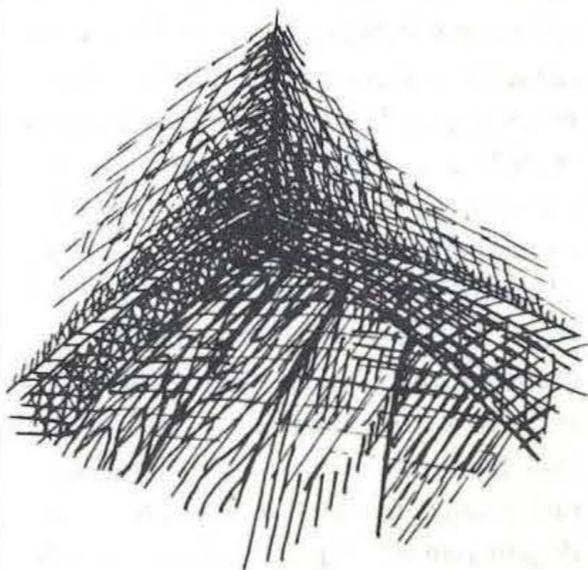
El Banco de Bogotá

Carlos Eslava Flechas

114 años en la historia de Colombia
Op Gráficas, Bogotá, 1984

El interés por la historia de la moneda y la banca en Colombia comienza a tomar fuerza en los años cuarenta con la publicación de dos obras: *Crónicas e historia bancaria de Antioquia* (Medellín, 1946) de Enrique Echavarría, e *Historia de la moneda en Colombia* (Bogotá, 1945), de Guillermo Torres García, convertida esta última en clásico del tema.

A raíz del proceso de absorción del capital industrial por el capital financiero en el último decenio (conocido en su momento como "el zarpazo financiero") y de los posteriores escándalos financieros, salieron a la luz pública tres textos dignos de mención: *Judas Tadeo Landinez y la primera bancarrota colombiana (1842)* (Medellín, 1981) de Mario Arango Jaramillo, donde se destaca que los episodios financieros no son cosa nueva en la historia del país, si bien la calma financiera y monetaria, perturbada por los acontecimientos de los setenta, había imperado gracias al establecimiento del Banco de la República, en 1923, por recomendación de la Misión Kemmerer. Los otros dos textos son *Banqueros en el banquillo* y *Por qué cayó Jaime Michelsen*, del periodista e investigador Alberto Donadio, donde se recogen los pormenores que desataron la caída de importantes banqueros y grupos financieros.



Más recientemente y dentro del ámbito académico, la tesis de grado de Mercedes Botero titulada *Los bancos en Antioquia 1872-1886* (revista Lecturas de Economía núm. 17, Medellín, 1985) presenta la historia de cinco bancos antioqueños, poniendo en claro el alcance de sus actividades.

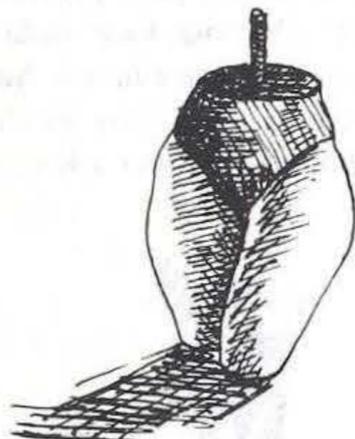
Es este el panorama, someramente descrito, en que puede inscribirse la *Historia del banco de Bogotá*, publicada con motivo de los ciento catorce años de la institución.

Si la *Historia de una gran empresa* es fundamentalmente una historia contada desde la silla del gerente, la del Banco de Bogotá está escrita con una estructura narrativa opuesta. Más de la mitad de las cuatrocientas páginas presentan el contexto político y económico colombiano e internacional que antecede a la fundación y acompaña el desarrollo de la institución, pues para el autor "no se puede prescindir de un repaso de la historia patria, al narrar la de una empresa, nacida al amparo de las instituciones nacionales y bajo los auspicios de un gobierno ejemplar, que le otorgó generosos y determinantes estímulos".

La obra consta de siete capítulos, cuyos títulos no son siempre afortunados; la bibliografía utilizada está compuesta principalmente por textos de historiadores de las nuevas generaciones; un conveniente índice complementa la obra, lujosamente editada en Colombia con impecable tipografía y excelentes fotografías en duotono, provenientes de varios archivos, destacándose el del Museo de Arte Moderno de Bogotá. Cada uno de los capítulos contiene una sección final dedicada exclusivamente a la historia del banco, la cual incluye amplias citas de documentos internos que permiten una más amplia comprensión para los interesados.

El libro comparte dos características que exhiben las recientes historias de grandes empresas colombianas: son productos editoriales de alta calidad y son ediciones de circulación restringida. Lo que lo diferencia es la concepción con la cual el autor y sus asistentes de investigación (Germán Mejía, Juan Carlos Eastman,

Augusto Gómez) confeccionaron la obra, aunque ella no logra escaparse a la innecesaria alabanza a la "institución venerable" que marcha hacia el porvenir "con fe y esperanza, perseverante en los principios de servicio a Colombia".



El texto se inicia con un repaso de la situación del país desde que consigue la independencia hasta 1885. Entonces Colombia "era un conglomerado de regiones con economías propias, grupos sociales diferentes, intereses políticos diversos y manifestaciones culturales específicas. Cualquier intento de implantar una política nacional exasperaba los intereses locales, produciéndose inevitablemente una guerra civil. En la base de esta situación estaba la inexistencia de una clase social dominante a nivel nacional, con la capacidad suficiente de darle a la economía, al estado y a la sociedad una articulación suprarregional. Romper los marcos locales y erigir los cimientos de una economía y de un estado nacional era la tarea primordial de aquel entonces".

Desde 1821 la asamblea constituyente había señalado como atribución del congreso "establecer un banco nacional". Las circunstancias políticas y económicas pospusieron la institucionalización de la "industria del crédito" durante medio siglo. El intercambio mercantil enfrentaba, entre otras muchas dificultades, las ocasionadas por el caos monetario: monedas de distintas especificaciones y valores, fácilmente falsificables. Diversos proyectos bancarios fallidos se registraron por entonces, como el del Banco de Londres, México y Suramérica. Entre tanto el abastecimiento de las necesidades

crediticias estaba en manos de los prestamistas particulares "cuyos rendimientos no estaban sujetos a limitaciones y cambiaban o fluctuaban en relación directa con las urgencias o necesidades del prestatario"; varios de ellos amasaron importantes fortunas. El Banco de Bogotá inició su vida legal en 1870. Ciudadanos y compañías nacionales y extranjeras fueron sus socios fundadores, entre quienes se destaca la personalidad de Salvador Camacho Roldán. La primera sede operó en la famosa calle Florián de Bogotá a partir de 1871. Numerosos documentos oficiales y privados, citas de autores de la época, así como reproducciones de los billetes, retratos de los socios fundadores y fotografías de la ciudad, recrean el ambiente de entonces.

En los capítulos sucesivos se cubren los períodos 1886-1903, 1904-1914, 1915-1929, 1930-1945, 1946-1958. Para el período 1886-1903, el autor en las secciones "Una ojeada a América" y "El país: viajes por algunas ciudades" muestra el ambiente político y económico imperante en América Latina al finalizar el siglo XIX, y hace un recorrido por las principales ciudades colombianas destacando su ambiente y escenario. El espíritu político de los años finales del siglo pasado queda consignado en la sección "Entre la doctrina y la necesidad".

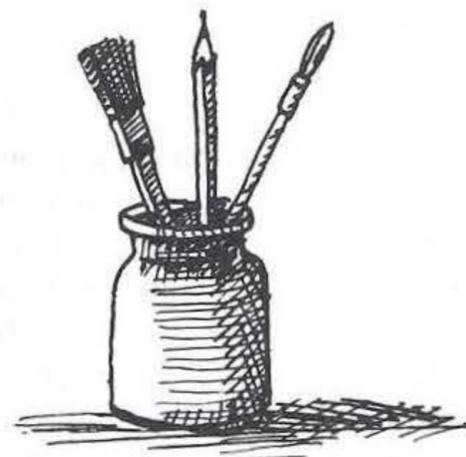
Entre 1904 y 1914 el país pasa de "la dictadura a la reforma", y lo más significativo que destaca el autor es "la nueva dimensión de la distancia", producto de la apertura de nuevas vías de comunicación. El "Despegue de un país 1915-1929" está marcado por el "auge y caída de una hegemonía" y por la expansión cafetera. Para el autor, de 1930 a 1945 Colombia se mueve entre la estabilidad y la reforma; la industria prospera al amparo de la sustitución de importaciones. El lapso 1946-58 está marcado por la aparición de nuevos bloques de poder y de una bonanza que para Eslava Flechas se debe a extranjerización de la producción, pero que a nuestro modo de ver se origina más bien en el auge económico (crecimiento industrial, transformaciones

agrarias, dinamismo bancario) frente al grave conflicto político que vive la nación.

Los años 1958-1984 los caracteriza Eslava Flechas como de "conciliación de un país", durante el cual surge el "tercer mundo" y el bipartidismo es la fórmula de conciliación.

La historia del Banco de Bogotá —como dice Jorge Mejía Salazar en la presentación del libro— puede sintetizarse en tres etapas: "La primera, durante la cual nace y muestra un desarrollo acorde con su tiempo [...] logra el banco con el concurso de sus directores sobrevivir la más dura etapa de la vida nacional [...] la segunda [...] se caracteriza porque el banco adquiere su verdadera dimensión nacional: abre sucursales y agencias en todo el territorio y logra una ampliación notable de la gama de servicios que ofrece a sus clientes [...]. Finalmente, esta tercera que se vive hoy, muestra un banco con una organización moderna y flexible, con estructuras administrativas profesionales y técnicas [...]".

La historia del país y la historia del banco van paralelas en la narración y no tanto "entretrejidas" como afirma el prologuista. Dos historias paralelas que por momentos parecen escritas por dos autores diferentes.



No obstante, puede decirse, con Álvarez Restrepo, que el autor incorpora múltiples aspectos de la vida nacional, biografías y trozos de lo ocurrido en otras partes del mundo, episodios que "configuran la imagen de una época y crean el clima para que pueda apreciarse mejor el cuadro con el cual se proyecta la obra realizada por la institución que ha inspirado la obra. El material com-

plementario es como el gran telón de fondo de uno de esos cuadros de Veronés [...] en los cuales la multiplicación de los diversos rostros contrasta con la figura solitaria del personaje principal que está en el centro de la tela". Paradójicamente, pese a la preocupación por no olvidar la historia del país, el autor no se detiene lo suficiente en la historia bancaria en la que se inscribió el Banco de Bogotá, con excepción del capítulo "Prehistoria de la banca nacional". Así mismo podría haberse hecho más explícito el papel del banco dentro de las distintas etapas del desarrollo económico colombiano.

No obstante, este libro es para ser estudiado y no para destinarse al injusto sueño de los anaqueles, en el que cae la mayor parte de las lujosas obras conmemorativas, debido a las listas de destinatarios de las oficinas de relaciones públicas.

SANTIAGO LONDOÑO

Gerente e investigador: dos oficios, dos enfoques

Historia de una gran empresa
Carlos Sanz de Santamaría
Ediciones Gaudi, Barcelona, 1983

La historia empresarial como modalidad testimonial y como disciplina investigativa es reciente en nuestro medio. En las universidades de los Andes y Nacional en Bogotá se han realizado las investigaciones más sobresalientes sobre historia empresarial. Dentro de la modalidad testimonial se destaca la de Francisco Javier Cisneros, donde da cuenta de las peripecias que vivió durante el trazado y construcción del ferrocarril de Antioquia; igualmente la amplia biografía de Phanor Eder sobre *El fundador Santiago Eder*, pionero de la industria azucarera en el Valle del Cauca e impulsor de innovaciones tecnológicas en distintos campos. Deben mencionarse también los cuidados diarios que llevaron algunos

de los primeros industriales, muchos de ellos hoy perdidos o inéditos, donde pueden seguirse sus anhelos y aprehensiones así como conocerse sus observaciones sobre el país, su región de origen y las costumbres, creencias y valores en los que se formaron. Parte de la historia de las empresas se encuentra también desperdigada en folletos conmemorativos de aniversarios de fundación, en las páginas de algunos estados financieros, donde, además de las estadísticas, se consignan los informes del gerente a la junta directiva o se incluyen reseñas históricas salpicadas de nostalgia y compasiva admiración por el pasado.

Sin embargo, un gran acervo documental sobre las empresas y el trabajo se encuentra aún sin conservar ni elaborar, pues yace en la memoria de los protagonistas, sean obreros, técnicos, gerentes o propietarios.

La *historia de una gran empresa* forma parte del género de los testimonios empresariales y refiere la evolución de la fábrica de Cementos Samper. Como antecedente inmediato de historia de una empresa cementera, puede citarse la obra de E. Libardo Ospina, conmemorativa de los cuarenta años de Cementos Argos, publicada en Medellín en 1974.

El autor de la obra que reseñamos fue gerente y miembro de la junta directiva de la empresa; para la redacción del texto utilizó entrevistas realizadas a distintas personas "e interpretadas" por Mauricio Acero.

La publicación obedece al deseo de "mostrarle al país [...] lo que una empresa puede hacer por él cuando quienes la integran están conscientes de sus deberes para con la comunidad". El texto sigue dos directrices básicas: busca mostrar que los empresarios están libres de motivaciones económicas y utilitaristas y que su racionalidad económica básica es el bien común. La otra es la idea de que la historia de una gran empresa simboliza y equivale a la historia de un gran país en patriótica lucha por alcanzar el progreso. No obstante, en la narración la historia del país aparece sólo en ocasiones y como tenue telón de fondo: es una historia

desde adentro con muy pocas ojeadas por fuera de la propia ventana.

Lujosamente editado en España, el libro se inicia con el capítulo "A comienzos del siglo XX", cuando los hermanos Samper, hijos de Miguel Samper Agudelo, fundaron en 1909 la primera fábrica para producir cemento en Colombia, localizada cerca de Bogotá. Los hermanos Samper fueron, como el resto de su clan familiar, empresarios avisados e innovadores.



Los hermanos Samper estudiaron en Europa al amparo de los ideales liberales. Defensores del libre cambio, de la libertad de los esclavos, "del derecho legítimo a la propiedad, de los beneficios del trabajo, de los fueros del capital, a todos los cuales no dudaban en asignarles el carácter de derechos naturales del hombre".

Su espíritu innovador se ejerció en el caso de la producción de cemento, si se tiene en cuenta que sólo sesenta años antes se estableció en Alemania la primera fábrica cementera en el mundo. Este material era poco conocido a principios de siglo en Colombia. Se importaba en sólidos toneles de madera y muy lentamente sustituyó al barro y a la arcilla, usadas para elaborar los adobes y las tapias pisadas. Una de las mayores novedades presentes en la conmemoración del centenario de la independencia fue el Quiosco Samper, construido al estilo griego, en cemento armado.

Sin embargo, los empresarios no sólo enfrentaron un mercado escaso y las dificultades propias de la elaboración de un producto desconocido. Tuvieron que combatir la inestabili-